

Prof. Guido Villa-Gómez Loma
1917-1968

EL POEMA DE LAS NUBES AUSENTES

Guido Villa-Gómez L.

*Para Octavio Campero Echazú, el escritor de nubes, que cinceland
fantasías sobre su viviente e intangible levedad, me ha revelado este fugaz y
maravilloso arte inmaterial de burilar caprichos en este tenue vaho de las aguas,
tornado en piedra plástica, allá en lo alto de los cielos.*

Este cielo de añil, sin asomos de albura, yo no sé por qué me inquieta y me contrista. Este azul, puro azul, diáfano azul, no colma mis sedes de ensoñación ni sacia mis bajabas de fantasía.

Ni una nube!... Ninguna nube, ni grande ni pequeña, ni voluble ni inmóvil, ni vaporosa ni compacta, trasluciendo ante el sol primaveral de esta mañana octubreña.

Me anostalgia la ausencia de ese vellocino blanco de las nubes, en pos de cuya conquista, bogando por este océano imaginario de los cielos en no sé cuáles bajeles de leyenda, reinicié mil veces la hazañosa travesía de los argonautas.

¿A dónde se han ido las nubes -como fuga de golondrinas volanderas-, rielando sobre la elipse de los éteres los copos inquietos y dispersos de su errabunda caravana?

¿Por qué, transgrediendo la muralla de mis montes y el marco impreciso de mis lejanías, se han perdido del diorama de mis cielos?

¿Qué viento del Norte o del Sur, del Ocaso o de Lavante, vino con su soplo a desparramar la movible turba grácil y errante de mis nubes?

¿Qué pastor perverso ahuyentó el rebaño, sin que antes, en sus ubres, pudiera sorber lactancias de ensueño?

Nubes: Hijas del hilo de fuego del sol y de la plateada hebra de agua, que se conjugaron castamente en el blando tálame de arenas de algún río, o acaso encima de los anchos y profundos lechos del océano, o quizá sobra la hoya apacible de los lagos, que por eso, en los días radiantes -cuando el sol abraza en nupcias las moléculas vírgenes del agua- corren mansamente rumorando epitalámios...

Nubes: Hermanas de la luna y de la estrella, floraciones iderales, cuyos pétalos de albura -asomando entre la trama del azul ramaje de los cielos- se abren y se ofrecen al beso de los pólenes del viento.

Nubes: Veta de mármoles ideales, en cuyos divinos bloques vivos labró algún lírico escultor las efigies de su sueño.

Hoy, en ausencia de las nébulas errantes que suscitan infinitos, no podré ir desmadejando -como aquel soñador que me descubrió su rara técnica- el hilo sutil de mis imaginaciones...

No atisbaré el desatado correr de aquellos nubarrones rudos y gigantes, que pudieran fingirme en su galope, el mítico tropel de los centauros, surcando el ámbito celeste "bajo el polvo de oro de los caminos del Poniente"...

La vista errátil sobra el desierto ilímite, preguntaré a las aves por un oasis de nieve a donde refugiar mis ilusiones. Y a los aires diré que me devuelvan las blancas ondas fugitivas, deslizando los airosos penachos de su espuma sobre la tersura inmóvil de este otro mar azul. Y pediré a los rayos del sol

Prof. Guido Villa-Gómez Loma
1917-1968

que con la gracia de su luz hagan dulcemente sonreír a la mañana. -Más callarán los pájaros y han de desoírme los fulgores luminosos y los átomos del aire...

Y allá por la tarde, en el ocaso, cuando el día se diluya en los desmayos del crepúsculo, no habrá nubes que se tiñan en rubores y se hagan carne viva en los celajes. Y no he de soñar – como el poeta que esculpió en la nube- que alguna diosa helena viene a perfilarse en el miraje núbico, y me ofrece la visión desnuda de la eurtimia de su talle y del rosa de su carne.

Mis primeros sueños nacieron cobijados entre el pañal blanco y rosáceo de unas nubes. Desde entonces en cada una veo un nuncio románticos anhelos... Más hoy no vinieron. Acaso han temido turbar, con sus líricos rebatos, esta hierática serenidad del firmamento.

La impasible mansedumbre de estos cielos uniformes, iguales, tersos, lacios -sin la enortijada crencha traviesa de las nubes-, sólo me sugiere el no amar, el no anhelar, el no soñar...

Una sutil ataraxia viene lloviendo sobre mi alma. -lista cumbre unimorfa, monocroma, sin laderas ni pináculos, ¿será “la montaña augusta de la serenidad”?...- Oh, Nervo: Dime si en cielos como éste sorbiste tú los filtros de la renuncia y de la calma.

Temo el contagio de este cielo. Que la quietud no cierna su escarcha sobre mi primavera. Que mis rosas no se vayan amustiando circuidas de reposos y silencios. Que revienten al sol, y se den al roce de los aires, y se desfloren al golpe de las lluvias, aunque luego las marchiten los lodos del sendero.

Hoy no vinieron las nubes a bordar su armíño encaje sobre el palio azulado de los cielos. No han querido brindarme su vellón para que en mis telares, con la rueca de oro de mis fantasías -divaga que te divaga- trame la sedeña urdimbre inconsútil de mis ensoñaciones...

Sucre, 18 de octubre de 1935.